

Discurso de Lucas Bonacic-Doric Bezzi en el Primer Congreso de los Eslavos Meridionales de Sud América, como Delegado del Comité Dalmacia y como Director de Domovina. En: Bonacic-Doric Bezzi, L. (1916). Primer Congreso de los Eslavos Meridionales de Sud América o el grito de Antofagasta. Punta Arenas: Impr. Y Enc. Croata. Págs. 60-62

Nuestra patria mártir, se halla sumida en la desgracia, agobiada por el llanto y la indigencia, el terror y el despotismo de un gobierno inclemente, amenazada constantemente por el germanismo y el magyarisismo invasores, y de la dinastía reinante de los Habsburgo, clásica por sus antiguas tradiciones. Nuestras poblaciones se hayan aterrorizadas, nuestra patria es un charco de sangre, y suprimidas y reducidas las energías más vitales de su organismo.

Las cárceles y las horcas se hallan llenas de Mártires de la Patria. Todo se halla hollado, la honra y la libertad, por la soldadesca militar, y el suelo sagrado de la Serbia, santificado por sin igual lucha, violado por el invasor. El gobierno austro-húngaro ha extremado su persecución.

Nos congregamos, los representantes yugoeslavos de todas las colonias de la América del Sur, para afirmar una vez más nuestros deseos y declarar ante el mundo civilizado y consciente, que ya nada nos une con la monarquía habsburguesa, que el recuerdo nefasto de una administración más negra, que la otomana; que nosotros los yugoeslavos, los serbios, los croatas y los eslovenos; un pueblo con tres nombres, y de una misma tradición, idioma y cultura, que durante siglos hemos sido el baluarte de la civilización occidental -por lo que se nos apellidaba "Antemurale Christianitatis"- contra las invasiones otomanas, por el proceso histórico y necesario de las cosas, y el principio de nacionalidad, queremos constituir un estado libre y soberano, de Serbia, del Montenegro y de las tierras irredentas yugoeslavas, que hoy hacen bajo el tétrico cetro de los Habsburgo, en la futura nación yugoeslava, una e indivisible, que sea garantía del equilibrio europeo y factor de progreso y de civilización.

Nuestro único poder legislativo y nuestro dueño absoluto, es nuestra voluntad libremente manifestada bajo cielos libres, y nuestro único ejecutor es nuestro "Comité yugoeslavo de Londres", a quien manifestamos nuestra más decidida confianza.

El ideal nuestro es sagrado y por consiguiente se impone a todo corazón verdaderamente libre, y a toda conciencia emancipada, en el que no debemos dudar ni por un solo instante, sino creer en él con convicción profunda, porque además de defender un principio verdaderamente honrado y perfectamente definido, con la claridad del cristal de roca, rendimos tributo al ideal sacrosanto, común a la humanidad.